

# La amistad en el cardenal Pironio

Ya van ocho días que resucitó el Señor, y los discípulos reunidos comentarían tantas cosas... releerían la vida del Señor a la luz del acontecimiento pascual, en un clima de verdadera amistad. Incluso le reprocharían a Tomás la incredulidad y cuando salía, se burlarían de él, en un clima de pascual amistad.

Este marco se proyecta después en la comunidad primitiva, y Lucas tiene la prolijidad de hacerlo notar en sus diversas sinopsis, en el libro de los Hechos. Hoy leímos una: "Los hermanos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones...".

Clima de comunión, de amistad, de entenderse bien; no había intereses mezquinos; vendían sus propiedades y sus bienes, distribuían el dinero entre ellos según las necesidades de cada uno. No es más que la proyección, en la primera comunidad, de este clima pascual que hoy nos anuncia el Evangelio de verdaderos amigos en Jesús resucitado.

El tema que se me sugirió para que desarrollara en esta homilía enmarca en estos textos: cómo vivía la amistad el cardenal Eduardo; él tenía la concepción de que el sacerdote es amigo de Dios para los hombres, no es un amigo de Dios que arregla las cosas con Dios y después las pasa a los hombres, sino que también esa misma amistad la va proyectando al prójimo. Se compromete afectivamente en la vida de los hombres, y ese compromiso afectivo no es meramente humano, sino que su fuente, su manantial lo toma de Dios, de la amistad con Dios. Solamente el contemplativo, como lo era él, puede ser amigo en el pleno sentido de la palabra.

Es curioso; entre los temas predilectos del cardenal, el tema de la amistad tenía un lugar privilegiado. Mirando algunos apuntes en borrador, no publicados, de unos ejercicios predicados al clero, vemos que él definía al amigo así: *"Es el que escucha con interés, el que sabe hablar con oportunidad, el que va haciendo el camino con el ami-*

*go. Ya ahí comparte la vida del otro y se hace cargo de la vida del otro. No le es indiferente...”.*

El cardenal Pironio consideraba la amistad, en esos mismos apuntes, como uno de los grandes valores humanos y como una de las más hondas exigencias que tiene la vida cristiana y sacerdotal; a él le gustaba considerar a los sacerdotes amigos entre sí. La inspiración en el Evangelio que acabamos de escuchar también la valoraba como uno de los más fuertes testimonios pastorales: la capacidad de hacer amistad, de crear lazos de amistad, es un testimonio pastoral. Es funcionalmente apostólico.

Amigo no era para él, según escribe ahí, el que simplemente comparte la intimidad; puede ser un confidente, pero no un amigo. Puede ser amigo y confidente a la vez, pero son cosas diversas. Amigo es, en cambio, el que se identifica aquí y ahora con el otro. Yo me identifico con el otro en el aquí y ahora, y en ese identificarse, compartir. Se jugaba en esta definición el sentido de honestidad, en este caso esa honestidad varonil que caracterizaba a Pironio.

Por eso los que lo hemos tratado, aunque sea brevemente, siempre nos sentimos amigos de él. Sabíamos que teníamos un amigo. Y no me olvido de que, dos meses y medio antes de morir, se nos ocurrió festejar su cumpleaños durante el Sínodo de América. Los que estábamos ahí éramos nueve obispos de Argentina. El cardenal nos recibió en su casa a almorzar. Cuando finalizó el almuerzo salimos todos diciendo: “se ve que no le dolía nada...”. Estaba feliz, y esto era dos meses y medio antes de morir. Pero era un amigo; salimos con el convencimiento de que fuimos a ver a un amigo y nos atendió como amigos. Dejó de lado su dolor.

Pironio al dar se daba, nunca daba sin darse. Siempre comprometía su corazón en lo que daba. Cuando tenía que dar algo, un consejo, cualquier cosa, comprometía su corazón. Al él le gustaba hablar de la pobreza, y esta era una dimensión de su pobreza: darse, despojarse.

Conozco que tuvo dos grandes amigos del alma: menciono a Pablo VI, me consta la amistad que los unía. Yo fui testigo también de la amistad con el cardenal Quarracino, no de todo el largo de su vida, sino de los últimos años. Con Quarracino se definían mutuamente como el *dimidiun animae meae*, tomado de Virgilio. Desde la niñez en el Seminario fraguaron una amistad que llenaba ambas vidas.

Hombres de marcadas diferencias, distintos el uno del otro, inclusive con características personales contrapuestas, vivieron a lo largo de sus vidas el misterio de la amistad como una comunión inquebrantable, y para quienes los conocimos y tratamos, su amistad constituye, de veras, un testamento no escrito pero rubricado por ambos conjuntamente, así en la tierra como en el cielo. Recuerdo conversaciones telefónicas entre Quarracino y Eduardo, en los últimos días de este, delante de mí. Yo no puedo olvidar en Luján la homilía pronunciada durante las exequias de Eduardo: "Hasta cualquier momento"; lo importante fue el tono con que monseñor Quarracino dijo estas palabras.

Recordar a Pironio, el amigo de Dios, trae la nostalgia de no contar aquí en la tierra con aquel amigo para los hombres y para todos los hombres. Pero también es conmemorar, actualizando su vida transparentada en sus escritos, pero esparcida a lo largo de su ministerio pastoral y episcopal, a alguien que dejó a la Iglesia de Jesucristo, especialmente en nuestra patria, el camino de la amistad como medio para andar seguros e ir hacia Dios con los hermanos. Él dejó señalado el camino de la amistad para andar seguros como hermanos, para revivir este relato pascual que acabamos de escuchar.

Con los gestos del gran amigo, que en su gran misericordia transforma el reproche al incrédulo en muestra de afecto: "Ven, toca; mete la mano... sé fiel". Esa palabra sella la amistad de los discípulos frente a Cristo resucitado, sella la amistad de los hermanos que se reunían asiduamente y ponían sus cosas en común, sella la amistad de los hombres que, como Eduardo, han marcado este camino y nos dejan una herencia apostólica para seguir andando.

Que la Virgen de Luján, a quien tanto quería, nos conceda la gracia de la amistad amplia, grande, generosa, de poder ser amigos, de nunca dar sin darnos. Aprendamos ese camino. Que así sea.

CARD. JORGE BERGOGLIO  
Arzobispo de Buenos Aires